

26. LA RELACIÓN GAY COMO VEHÍCULO DE INDIVIDUACIÓN

Robert H. Hopcke

Tras haber dedicado unos pocos años (y algo más que unas pocas palabras) a la tarea de introducir en la psicología junguiana una visión de la homosexualidad y del eros hombre-hombre que refleje la realidad de las vidas de los hombres gay, el tema de esta obra me tienta a refugiarme en la teoría y el intelecto. Se podrían formular argumentos utilizando la investigación actual sobre las relaciones gay y la presente crítica sociopolítica del pensamiento de Jung, lo cual probablemente persuadiría, incluso al más conservador de los lectores, de que las relaciones entre hombres gay también pueden ser un lugar de plenitud y un vehículo de individuación -en pocas palabras, un lugar donde el Yo se manifieste.

Sin embargo, aquellos de nosotros que hemos vivido y trabajado en la comunidad gay en las dos últimas décadas, no fuimos persuadidos de esta verdad a través de las argumentaciones o la investigación. Aprendimos a conocer el poder del amor entre hombres a través de nuestras experiencias. A través de nuestras vidas hemos visto cómo los gays pueden crear entre ellos vínculos de amor y crecimiento que son puestos a prueba en formas que muchas relaciones heterosexuales no se imaginan. Hemos vivido y creado familias frente a toda una sociedad que no sólo rechaza nuestro derecho a amarnos sino a menudo nuestra misma existencia. «Las relaciones gay no perduran», «las relaciones gay son autodestructivas», «los hombres que aman hombres son enfermos, perversos, inmaduros»: estos mensajes negativos, entre los cuales hemos sido educados, nos han sido arrojados por ser gays, no a través de razonamientos claros o montañas de datos, sino a través de nuestra continua experiencia de otra realidad. Así es, a través de mi propia experiencia, del modo en que he vivido el Yo en mi amor por otro hombre, como espero persuadir de una forma que la teoría y el intelecto nunca podrán. En un fórum público y en un contexto intelectual, supongo que hay cierto riesgo si se emplea la propia vida privada como prueba, pero espero que, al tomar un enfoque más personal, otros puedan atisbar algo de mi experiencia acerca de la plenitud que el amor entre hombres puede aportar. Como mínimo, esta visión más personal contrarrestará la invisibilidad y el rechazo que reina en lo relativo a las relaciones gay como forma legítima de estructura familiar en los Estados Unidos de hoy.

Conocí a Paul hace diez años. Yo acababa de llegar del este, tenía veintidós años y era un estudiante de seminario con energías para quemar. El tenía treinta y un años, hacía tres que estaba en California y llevaba un centro para el estudio de los nuevos movimientos religiosos. Yo había oído hablar de una conferencia gay para seminaristas que había de celebrarse en Berkeley en aquel año y, tras una serie de llamadas a las escuelas de la Unión Teológica de Graduados, fui a parar fortuitamente a Paul en busca de más información. Nos encontramos una tarde para hablar acerca de la conferencia. Aunque él no fue especialmente educado (debido, como luego supe, a su exasperación por el hecho de que la conferencia había sido cancelada), sin embargo, durante nuestra conversación nació una atracción. Quedamos para comer un mes más tarde a causa de nuestras ocupadas agendas, comida que al final Paul tuvo que cancelar. Así que en vez de comer nos encontramos en el White Horse para tomar algo. Era el 8 de diciembre de 1980, el día en que John Lennon fue asesinado, la festividad de la Inmaculada Concepción, el cumpleaños de la hermana de Paul, el

día después de Pearl Harbor. Tomamos unas copas, hablamos de Italia, especialmente de Asís, tuvimos una maravillosa noche de conversación y risas, y fuimos juntos a casa, a su apartamento. No lo sabíamos entonces, pero me acababa de trasladar.

Ambos hemos contado esta historia muchas veces a mucha gente. Es nuestro mito de la creación y, como todos los mitos de la creación, sirve para recordarnos cómo y cuándo empezó algo sagrado. Todas las relaciones gay tienen un mito de la creación. Algunas pueden que hablen de relaciones nacidas bajo una mala estrella, otras surgiendo en la luminosidad de una nueva esperanza, muchas, desde luego, resplandeciendo a partir de una llamarada de excitación erótica. Pero todos los amantes tienen una historia que contar sobre cómo y cuándo se encontraron, qué ocurrió, cómo surgió algo nuevo a partir de la unión de dos personas diferentes. Lo maravilloso de este encuentro, la forma en que sus detalles son saboreados y rememorados, el sentimiento de unidad y esperanza, todo ello, creo, viene del Yo, que no sólo es espléndido con los heterosexuales. Preguntad a cualquier pareja gay cómo se conocieron, y apuesto a que también ellos contarán su propio mito de la creación.

Impulsivamente y sin pensarlo mucho, transporté mis pertenencias de mi habitación solitaria en el dormitorio del seminario al sencillo y pequeño apartamento de Paul, de una sola habitación, limpio como agua cristalina, en un edificio muy californiano de estuco rosa en Cedar Street. Ciegos de amor, esperábamos, como tal vez todos los amantes, que nuestro compañerismo sería perfecto y total, una continuación de los maravillosos días románticos de nuestro primer mes, un mes en que estuvimos separados durante las vacaciones de Navidad, un mes lleno de apasionadas llamadas telefónicas, cartas ardientes y, finalmente, una reunión tras las vacaciones. Pronto vimos que las relaciones no son tan simples.

Nuestras diferencias naturales emergieron a la superficie mientras iniciábamos nuestra vida en común, y el año siguiente, más o menos, estuvo lleno de tensión. Desde luego, mirando hacia atrás con la sabiduría que proporcionan estos diez años, veo que gran parte del conflicto podría haberse evitado si hubiéramos ido más despacio y nos hubiéramos dado más tiempo. Pero eso no es lo que hicimos. Por el contrario, nos zambullimos en la relación.

Entramos en una terapia de parejas para aprender a luchar de manera más productiva y, durante nuestro trabajo en común, continuamos perfilando nuestras muchas y variadas diferencias en personalidad, estilo y expectativas de vida en común. Paul es en muchos sentidos un introvertido clásico: pensativo, a gusto con la soledad, desbordado en situaciones demasiado públicas o demasiado concurridas, con una vida interior muy vívida. Cuando me lo imagino, lo veo como filósofo o como monje. Yo, por el contrario, soy abiertamente extravertido: busco con naturalidad actividades y gente, me encantan los grandes encuentros, me siento a la deriva si no tengo nada que hacer y nadie a quien llamar, y me encanta hacer que ocurran cosas en el mundo exterior. Cuando Paul me describe en sus momentos más tiernos, dice que vivo mi vida como si fuese una ópera.

Otros opuestos nos caracterizan como pareja, según fuimos viendo. En Paul las funciones del pensamiento y la sensación son muy fuertes; de ahí su gusto por los espacios racionales y ordenados y su carrera en la enseñanza de filosofía y religión. Para mí, por el contrario, con mi larga historia de intereses artísticos y musicales, mis sentimientos e intuiciones tienden a dominar; de ahí mi deseo de un piano y un animal de compañía y mi carrera como psicoterapeuta. Y todavía hay más opuestos: yo tenía veintidós años y estaba comenzando mi vida profesional, hijo de la Década

del Ego que habían sido los años setenta, mientras que Paul, a sus treinta y un años, estaba listo para sentar cabeza, con sus años juveniles de escuela tras de él, en muchos sentidos hijo de los años sesenta y su conciencia social. Esta dicotomía de edades continúa persiguiéndonos a través de nuestros años en común, garantizando que siempre uno y otro estaremos en distintas etapas de la vida y en distintas décadas, independientemente de los años que vivamos juntos.

La lista de opuestos podría continuar, pero los detalles no son lo más importante. Más bien es la existencia de estos opuestos, o, para ser precisos, nuestra forma de estructurar estas diferencias como opuestos, lo que nos aportó la fuente de mayor tensión en nuestras relaciones así como la fuente del mayor crecimiento. En el curso de nuestro trabajo de pareja en común y nuestro propio trabajo individual, nos vimos forzados a elaborar arduamente una unión de estos opuestos, aunque no en el sentido habitual en que se usa este término en la psicología junguiana; es decir, para designar un proceso interior de equilibrio entre distintas partes de la personalidad. En vez de ello, Paul y yo nos vimos forzados como pareja a ser una unión de opuestos. De este modo nuestra relación sirvió y continúa sirviendo como vehículo de nuestra individuación, un lugar de crecimiento y sanación para nosotros como individuos y para la comunidad que nos rodea.

La polaridad de edades es la pareja de opuestos que quizás ilustra mejor nuestro éxito en crear una unión, a la vez que es un par arquetípico de opuestos presente muy a menudo en las relaciones entre hombres gay.¹ Ya al principio de nuestra relación, busqué apoyo en la edad y la experiencia de Paul para fundamentarme, darme dirección, asentarme, tal como él contó con mi juventud, entusiasmo y actividad física para vivificar nuestra vida en común y protegerse de una mediana edad prematura. Lo mismo con la escisión introvertido-extravertido: la introversión de Paul me enseñó una forma de ser conmigo mismo que quizá llevó a la transformación más importante de mi vida adulta -mi descubrimiento de la psicología junguiana y mis años de trabajo con los sueños-, mientras que mi extraversión funcionó como una especie de reconocimiento social, ampliando nuestro círculo de amigos y actividades para contrarrestar el estilo tan centrado en el interior que nosotros, como muchas otras parejas académicas, tendíamos a tener.

¿Por qué es tan importante esta cuestión acerca de los opuestos? Primero es importante subrayar, especialmente en relación con el modo en que la unión de opuestos se suele caracterizar en la psicología junguiana, que los opuestos implicados en las relaciones gay no son los opuestos de las relaciones masculino-femenino. En realidad, el mismo hecho de que existan relaciones de amor entre dos hombres debería forzarnos a repensar la validez o utilidad de la conceptualización que hace nuestra cultura del género como cuestión de opuestos, así como del corolario de esta ideología de género, es decir, la universalidad y primacía de la heterosexualidad.

Estas dos concepciones encuentran un desafío importante en las relaciones gay. El Yo contiene mucho más que nuestra visión, limitada y contingente, de la sexualidad y el género. Aunque impliquen a miembros de lo que nuestra cultura ha identificado como el «mismo sexo», las relaciones gay encarnan una pluralidad de opuestos que van mucho más allá de la dualidad masculino-femenino que la ideología occidental del género querría hacernos creer que es tan central. Las relaciones gay desafían esta ideología heterosexual en su mismo núcleo, y deberían llevar a la gente razonable a preguntarse cuántas características de la personalidad extrínsecas al género se proyectan sobre «hombres» y «mujeres». Como dos hombres

en relación, Paul y yo somos libres de ver nuestra extraversion o introversión, nuestra juventud o madurez como parte de nosotros en tanto que individuos, en vez de algo ligado de forma inherente a nuestra «masculinidad» o «feminidad». Naturalmente, esta libertad subvierte la intención de la ideología heterossexual de nuestra cultura, pero creo que toda manifestación del Yo, personal o social, tiende a barrer la ilusión egocéntrica de control y estructura que hemos creado alrededor de nosotros como protección contra lo numinoso y lo extraordinario.

Esto me lleva al segundo punto importante acerca de los opuestos, es decir, el hecho de que las relaciones gay son un lugar de individuación, a pesar de que, o, de hecho, precisamente porque los así llamados opuestos «masculino» y «femenino» no vienen al caso. Habiendo dado al lector cierta idea de lo que los opuestos han desempeñado en mi relación con mi amante, debería quedar muy claro que nuestra relación contiene todas las tensiones y todo el potencial de cualquier relación amorosa entre cualesquiera dos seres humanos. Lo que se nos exigió a Paul y a mí se le exige a toda pareja heterosexual -conciencia, trabajo, empatía, dedicación y entrega-, el resultado de lo cual fue una ampliación de nuestras personalidades y un enriquecimiento de nuestras vidas. Como encarnación de una unión de opuestos, todas las relaciones, homosexuales o heterossexuales, personifican el Yo no sólo para la satisfacción interior de los individuos implicados, sino, en mi opinión, como vía para efectuar una transformación de la conciencia.

Aquí, sin embargo, llegamos al modo en que las realidades sociales de la ideología heterosexual de nuestra cultura tienen un impacto adverso sobre las relaciones gay y, a mi entender, sobre la sociedad en general. El matrimonio heterosexual, como institución social y como relación psicológica, se celebra y se entiende claramente como vehículo de transformación personal y colectiva. La ceremonia de la boda, al menos en la tradición judeocristiana, no se entiende sólo como una formalidad legal o como una garantía social para la protección de los futuros hijos, sino que es, desde un punto de vista religioso, una forma de demostrar a los interesados y a la comunidad que los rodea la naturaleza de la misma divinidad, el modo en que Dios es unidad y plenitud que se hacen manifiestas en el mundo. Este simbolismo es esencial a la ceremonia; por ello, el matrimonio es un sacramento en la teología y en la práctica católica romana, un medio de la gracia de Dios en el mundo.

En el caso de las relaciones gay, la situación es considerablemente distinta. En el contexto de la ideología heterosexual occidental, a cualquiera que se desvíe del modelo dominante de relación masculino-femenino se le niega la existencia social o se le condena. Los hombres gay y las mujeres lesbianas no existen según esta línea de pensamiento, o, si su existencia se hace obvia, se les tacha de desviados, criminales, peligro para la sociedad, enfermos mentales. El efecto de estas actitudes es privar a los gays y lesbianas -así como a todos aquellos cuya conducta o pensamiento se sale de las normas establecidas- de cualquier tipo de reconocimiento social, de cualquier tipo de visibilidad en el mundo en su conjunto. La gente gay ni crece con imágenes de sí mismos que confirmen su existencia o su bondad, ni tiene a su disposición imágenes de relaciones con el mismo sexo que destaquen las potencialidades, sacralidad y plenitud que proceden de conocer y amar a otro hombre u otra mujer. El aislamiento e invisibilidad que la ideología heterosexual impone a las parejas gay tiene un efecto insidiosamente pernicioso y se justifica de un modo exasperantemente circular: las relaciones gay fracasan porque no tienen apoyo, y no tienen apoyo porque se las percibe como inherentemente inestables.

Bien, no todas las relaciones gay fracasan. Paul y yo fuimos afortunados de tener medios y apoyo a los que recurrir en el área de la bahía de San Francisco. Pero esos recursos no están a la disposición de la gran mayoría de la gente gay de los Estados Unidos. Por eso, al finalizar la terapia de parejas, Paul y yo decidimos emplear nuestra relación para crear y confirmar a la comunidad que había vivido alrededor nuestro y nos había conocido como individuos y como pareja. Nos pareció adecuado, después de tres años juntos, declarar nuestro mutuo compromiso de alguna forma, pero creo que tuvo una importancia clave el hecho de que esta declaración se realizara en un fórum público. De este modo, nuestra ceremonia de unión, que tuvo lugar el 7 de mayo 1983, convirtió nuestra relación no sólo en un vehículo de nuestro propio proceso personal de individuación sino también del crecimiento y transformación de la comunidad que nos rodea. Planeada y escrita por nosotros mismos, estructurada como un viaje ritual que iba desde lo que habíamos sido antes de conocernos a lo que éramos entonces como pareja y a lo que esperábamos convertirnos en nuestra vida en común, esta ceremonia incluyó testimonios personales de nuestros amigos, música hermosa, una celebración eucarística y un intercambio ritual de regalos. Durante los momentos difíciles que siguieron, el compromiso que hice ante Paul en aquella ceremonia y el apoyo de nuestros amigos fueron a menudo el único factor que me impidió acabar con la relación debido a la frustración, el enojo o la desesperación. Nuestra ceremonia es una de las pocas acciones que he realizado en mi vida de la cual puedo decir sinceramente que nunca he lamentado en lo más mínimo.

Como espero que mi propia historia personal habrá dejado claro, una relación entre dos hombres que se basa en el amor, el respeto y el compromiso de crecer es un lugar donde el simbolismo y la acción del Yo pueden aparecer, independientemente del género o de la opresión social, independientemente del odio o la intolerancia. Si el Yo es la personalidad suprema hacia la cual se dirige toda individuación, la fuente de unión y conexión con una realidad mayor que nuestro propio ego, entonces el amor, cualquiera que sea su forma, cualquiera que sea su camino, será siempre un instrumento de divinidad.